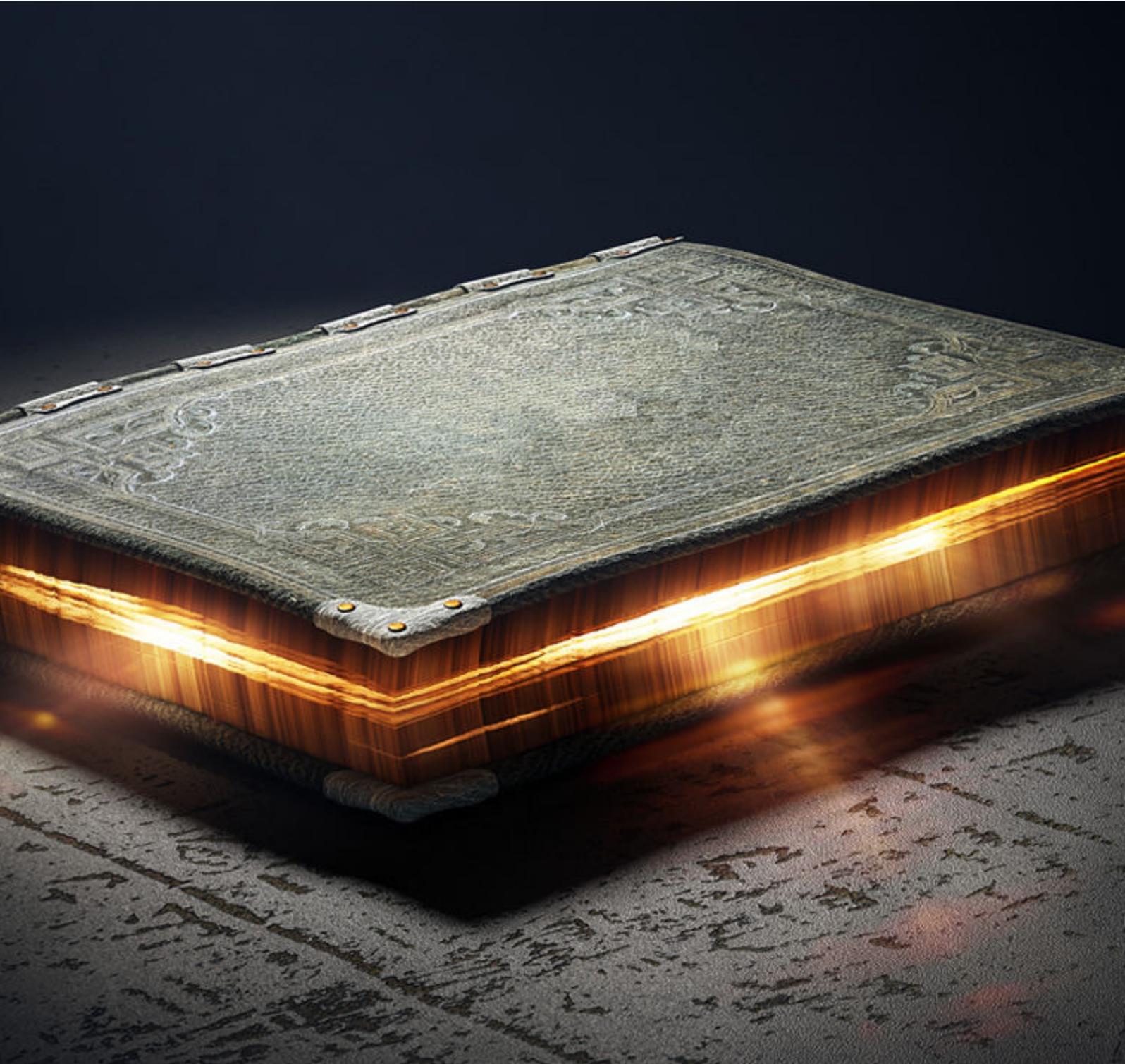


EL LIBRO

Toni Ferrán



Capítulo 1

EL LIBRO por Toni Ferrán.

Juan Fernández era un tipo afable, tranquilo, de trato fácil. Así lo creían los inquilinos de la residencia Los Álamos, lugar de acogida de artistas de la tercera edad. Hacía ya diez años, que la mujer y las niñas de Juan habían fallecido en un accidente de tren. Su dolor, le pertenecía por entero a él.

Dejó su empleo como funcionario y decidió emplearse en algo en en que pudiese entregarse a los demás, para así poder llenar el inmenso vacío que le acuciaba. Fue así que comenzó a trabajar de celador en Los Álamos.

Todos los ancianos apreciaban a Juan, siempre atendiéndolos, más allá de sus simples obligaciones. Los escuchaba, percibía su soledad, e intentaba aliviarles con alguna palabra de consuelo o gesto amigo.

La vida de Juan era rutinaria. Iba de casa al trabajo y viceversa. Así se le pasaba la vida.

Un buen día, ingresó en el centro un tal Serguei Martini; "El Gran Martíni", según constaba en su carnet profesional. Había recorrido el país en pequeños espectáculos circenses, que tanto abundaron antaño. Sus números de magia, considerados de segunda fila, le habían proporcionado el sustento durante muchos años. Ahora con 82 veranos y en el ocaso de su vida, las facultades para el oficio estaban mermadas. Había perdido presencia física, pero su intensa mirada, aún poseía una fuerza innegable.

El gran Martini había deleitado a jóvenes y mayores durante generaciones con sus juegos de cartas, números de escapismo y sesiones de hipnotismo. Juan lo aplaudía, intentando conocerlo un poco más cada día.

Por su parte, Serguei conseguía averiguar entre truco y truco, cuál era el dolor tan profundo que atenazaba el alma de su amigo.

Pasaron los meses, y se fueron contando mutuamente sus respectivas vivencias. Juan aún era joven. Había cumplido muy recientemente 46 años y si lo deseaba podía rehacer su vida.

Una noche, el mago salió de su cuarto dirigiéndose al despacho de guardia, donde se hallaba de servicio Juan. Hablaron de la familia,

aquellos que se fueron, de despedidas.....Todo ello, llevó a Serguei a hablarle a su amigo del verdadero motivo de su intempestiva visita.

Comenzó por contarle, que en una de sus giras por el país, un mallorquín de origen hebreo, como él, le había regalado un libro muy antiguo. Agradecido por haber donado sangre a su hijo, salvando así su vida tras un terrible accidente de moto. Dicho ejemplar había sido publicado en Toledo allá por el siglo XVI y fue pasando de generación en generación, hasta las manos de Isaac, que así se llamaba su poseedor.

El libro en sí, era un volumen de unas 500 páginas, escrito en pergamino grueso. Sus tapas, más recias de lo normal para la época, eran de piel de carnero. Su parte frontal se hallaba repujada y en ella se adivinaba la figura de un fraile con un libro abierto sobre sus manos. A pesar de los siglos transcurridos, y del color ennegrecido de las tapas, aún era un ejemplar sólido en su estructura y legible, para todo aquel que conociese la lengua de Moisés, claro está. Fue prohibido en su tiempo, tildado de herejía.

En definitiva, volver a vivir esos momentos felices del pasado. Serguei comentó a Juan que había comprobado la efectividad del libro, siempre y cuando se siguiesen al pie de la letra sus instrucciones.

El anciano mago revivió el día antes de la muerte de su esposa Raisa a manos de los nazis, en la Varsovia ocupada por estos.

Gozó de una agradable tarde de domingo con ella, como si no hubiese pasado el tiempo para ninguno de los dos. Fueron esos momentos los que le ayudaron a seguir adelante en los años venideros. Juan no salía de su asombro. Se encontraba anonadado escuchando a su amigo.

El mago le propuso aliviar su dolor siguiendo las enseñanzas del libro, tal como hizo él en su día. Solo era posible acceder al mismo una sola vez, al menos así rezaba en sus instrucciones. Juan aceptó la propuesta de su amigo. Lo harían el día de descanso que Juan tenía en la residencia.

El mago llevaría el libro a casa de Juan, donde realizarían la operación.

Llegó el ansiado viernes, su día de asueto. A media mañana Serguei se presentó con el libro bajo el brazo, bien protegido de ojos ajenos.

Una vez sentados alrededor de la mesa del comedor, el mago tradujo del hebreo las primeras páginas del libro. En ellas se explicaban las diferentes capacidades de cada individuo, para poder fijar el espacio-tiempo a un instante concreto de su pasado. El libro del rabí de Toledo iba más allá. Propugnando que era posible quedarse anclado en ese tiempo como si fuese el presente. Ello era relativo, pues dependía de las capacidades de cada individuo. Relatados los preliminares del texto por Serguei, este

anotó en un papel los pasos relativos a los ejercicios a realizar, a fin de elegir el instante concreto en el pasado de Juan y acceder a él.

El celador comenzó a buscar en su mente imágenes felices de su pasado; su infancia con los abuelos, los paseos por el parque con sus padres siendo aún un niño. Pero la visión que con más fuerza se fijaba en su cabeza, era aquella en la que aparecía con su mujer y sus dos hijas (Laia y Nerea) saliendo por la puerta de casa camino al colegio, como cada mañana marcharía a su lugar de trabajo tras acompañarlas a su centro escolar.

Estas, fueron las últimas imágenes que aparecieron en su mente, mientras acababa de realizar los ejercicios mencionados en el libro.

Una vez se llevó a cabo todo el proceso, Juan comenzó a sentirse mareado y sudoroso. De repente el comedor se estaba difuminando ante sus ojos.

Tenía la sensación de estar flotando en el vacío. De súbito, se sintió lanzado hacia adelante con una inusitada fuerza. Todo a su alrededor se había esfumado, creándose una oscuridad, total.

Despertó con la cabeza recostada en su mesa de trabajo, sus brazos entrecruzados, le hacían la vez de almohada. Era viernes y la oficina cerraba al público un poco antes de lo habitual. Miró el reloj de pared. Faltaban diez minutos para las dos de la tarde, Dalia, (su esposa) y las niñas estarían a punto de coger el tren para ir visitar a los abuelos. Juan, había preferido no acompañarlas esa tarde. Planeaba ver un partido de fútbol por la televisión, tumbado plácidamente en el sofá. De pronto, algo le hizo incorporarse bruscamente de su mesa; sin saber bien el motivo, salió a la calle y subiendo a su coche, lo dirigió rápidamente a la estación de tren. Había decidido acompañarlas a ver a los abuelos. Al entrar en el andén vio a su esposa con las niñas; se acercó a ella abrazándola y la besó en los labios. Más tarde, se encaminaron los cuatro en busca del vehículo familiar, estacionado a la entrada de la estación.

Subieron al coche, y entre risas se dispusieron a disfrutar de una agradable tarde de viernes con los abuelos.

En la pequeña y modesta librería Martini, situada a la entrada de la estación, un anciano cerraba la cortinilla del escaparate, y cogiendo con su mano derecha un viejo libro que descansaba sobre el mostrador, lo volvió a colocar en su lugar (una destartada estantería de madera).

Al acabar dicha operación, sonrió acariciando una gastada baraja de cartas que había sacado de uno de los bolsillos de su chaleco.

Tras disfrutar de una agradable tarde en familia, regresaron a casa. Al entrar, Juan notó una sensación extraña, como cuando tornas al hogar después de una larga ausencia y todo nos parece ajeno. No le dio excesiva importancia hasta que comenzó a notar una fuerte jaqueca.

Una vez degustada la maravillosa cena que preparó su esposa, acostaron a las niñas y ambos charlaron sobre lo acontecido durante el día.

Juan tomó un analgésico para aliviar el fuerte dolor de cabeza, y tras asearse se dispuso a acompañar a su mujer al dormitorio. Tardó un rato en conciliar el sueño, dio vueltas en el lecho hasta que el fármaco ingerido hizo su efecto. Al momento cayó en un profundo sueño no exento de alguna pesadilla. Finalmente se relajó, quedándose en blanco. Al día siguiente, sábado, tenían previsto llevar a las niñas al Zoo, disfrutar del día con ellas. Por la mañana, Juan se miró en el espejo del cuarto de baño.

Sentíase cansado.

Su rostro lo reflejaba, sin lugar a dudas. Sonó el despertador de su mesita de noche. Eran las 8 de la mañana. A las 9, debía estar trabajando en la residencia. Su cabeza se hallaba vacía. No recordaba nada de lo acaecido en el día anterior. Normalmente, solía aprovechar su día libre para ir al cementerio y pasear en bicicleta por el puerto de la ciudad. El ejercicio, y la brisa marina le sentaban bien. Le hacían sentirse vivo, olvidando por un tiempo su enorme vacío. Pero esa mañana no recordaba absolutamente nada.

Después de asearse se dirigió a la residencia. Al llegar a la entrada le informaron que uno de los residentes había desaparecido durante la noche.

Se trataba del anciano de los juegos de cartas. Inició la ascensión por las escaleras de la entrada principal hasta recepción, donde una de las enfermeras lo llamó, le entregó un paquete a su nombre. Parecía que el viejo mago le había dejado algún legado, según decía la nota adherida al envoltorio. Al término de su jornada laboral, Juan se dirigió a su casa con el "regalo" bajo el brazo. Una vez dentro, lo dejó sobre la mesa del comedor.

Se preparó algo de comer y mientras lo degustaba abrió el envoltorio que cubría el paquete. Al hacerlo, apareció ante él un viejo y extraño libro.

Dicho ejemplar llevaba adjunto unos folios escritos en castellano. Al ojearlos intuyó que se trataba de algún tipo de instrucciones referentes al libro.

Tuvo la sensación de que aquel volumen escrito en una lengua extraña, le era familiar. El por qué, no sabría decirlo.

Recordaba sus largas conversaciones con Serguei, mencionó alguna vez algo referente a un antiguo libro. No era un recuerdo claro, nada que pudiese esclarecer el curioso legado de su viejo amigo. Decidió dedicar la tarde a leer las supuestas instrucciones del libro.

Halló también entre las páginas del mismo, una carta escrita por Serguei, dirigida a él. Comenzó a leerla con cierta curiosidad, pero ésta, se transformó en asombro. En la misiva, su amigo le comentaba la relación entre el "el libro" , y ellos; los viajes realizados por ambos y las consecuencias resultantes de éstos. Las causas más evidentes eran envejecimiento prematuro, y la pérdida de los recuerdos vividos, esto último, solo afectaba a algunos individuos.

Una vez finalizó la lectura, se dirigió al espejo del cuarto de baño. Realmente se notaba más envejecido de lo habitual. Acto seguido se dispuso a revisar las instrucciones sobre el libro, que Serguei le había dejado perfectamente anotadas en los folios. Debía decidir si optaba por intentarlo otra vez o bien, dejar que el libro descansara en algún rincón escondido, para siempre.

Se le hacía increíble pensar que hubiese podido viajar en el tiempo y reencontrarse con su mujer y sus hijas.....No dudó de las palabras de Serguei.

Lo había conocido intensamente en los últimos meses, además de la profunda amistad, les unía un sentimiento de respeto y admiración mutuos.

¿Por qué no podía recordar los momentos vividos en el gran viaje? ¿Valía la pena hacerlo si no podía disfrutar de esos recuerdos? Finalmente tomó la gran decisión; antes del cierre de la biblioteca municipal, se introdujo en ella y depositó el libro en una estantería de manera disimulada.

El rótulo que rezaba en ella: " MISTERIO E IMAGINACION".